

Pensar el campo político-comunicacional¹

Adalid Contreras Baspineiro*

Fundación Latinoamericana Communicare

<https://orcid.org/0009-0009-6242-6107>

Recibido: 20.10.2023

Aceptado: 19.12.2023

Resumen

Se ha hecho costumbre en el mundo político y en el académico acudir al concepto del campo político para caracterizar los procesos de la comunicación política. Ciertamente, el aporte de Pierre Bourdieu es de suma importancia y ha acompañado sucesivas y encadenadas transiciones históricas. En el proceso, tímidamente, se avizora intentos por definir el campo comunicacional, optándose por establecer una tipología de sus distintas expresiones. Y como la acción política y la acción comunicacional están inextricablemente articuladas, en tiempos de la disrupción digital y de los desbordes de desmaterialización y desterritorialización de la comunicación, los microcosmos especializados de la política son invadidos por actores sociales y temas tradicionalmente confinados a los márgenes. En este contexto surge la propuesta del campo político-comunicacional, como una unidad interdisciplinaria y no como dos aproximaciones diferenciadas, para generar narrativas y construcciones discursivas en las que las oposiciones se combinan con dispositivos consociativos de encuentro, alteridad, interculturalidad, reconciliación de la fragmentación social, reciprocidades y tejido de convergencias. En pocas palabras, el campo político-comunicacional es un espacio de reconstrucción de los proyectos, de los sujetos y de las disputas por el poder, combinando el clivaje dominación/resistencia con el de (des) encuentro/consensos.

Palabras clave

Campo político, campo comunicacional, campo político-comunicacional, consociativismo.

Thinking about the political-communicational field

Abstract

It has become customary in the political and academic world to resort to the concept of the political field to characterize the processes of political communication. Certainly, Pierre Bourdieu's contribu-

1 El presente artículo, con algunas precisiones, está basado en el capítulo "El campo político-comunicacional en tiempos de la cultura digital" del libro de Adalid Contreras Baspineiro *"Encrucijadas. Intersticios, enredos, intersecciones y disrupciones de la comunicación política"*, Quito: CIESPAL, 2023 (en edición).

tion is of utmost importance and has accompanied successive and linked historical transitions. In the process, timidly, attempts are made to define the communication field, opting to establish a typology of its different expressions. And since political action and communication action are inextricably articulated, in times of digital disruption and the overflows of dematerialization and deterritorialization of communication, the specialized microcosms of politics are invaded by social actors and issues traditionally confined to the margins. In this context, the proposal of the political-communicational field arises, as an interdisciplinary unit and not as two differentiated approaches, to generate narratives and discursive constructions in which oppositions are combined with consociative devices of encounter, otherness, interculturality, reconciliation of fragmentation. social, reciprocities and fabric of convergences. In short, the political-communicational field is a space for the reconstruction of projects, subjects and disputes over power, combining the cleavage of domination/resistance with that of (dis)encounter/consensus.

Keywords

Political field, communication field, political-communication field, consociativism.

Introducción

La acción política y la acción comunicacional se desenvuelven de manera particular y combinada en un campo político y en un campo comunicacional que están inextricablemente combinados, interactuando permanentemente y confundándose, al punto que, en sí mismo, el campo político es a la vez comunicacional y el comunicacional (en proceso de definición) es político, como veremos en las siguientes líneas.

Empezamos nuestro análisis con un repaso sobre el significado del *campo político* propuesto por Bourdieu (2000), y que ha guiado infinitas interpretaciones y decisiones sobre la comunicación y sobre la política, y luego establecemos las principales características del *campo comunicacional*, basándonos en la propuesta de Torrico (2022), no sin antes aclarar que se trata de un proceso en construcción. Con estos dos referentes, y situados en la realidad actual de la cultura digital, cerramos nuestro análisis reflexionando sobre el *campo político-comunicacional*, en el que política y comunicación son una unidad que se alimenta con dispositivos de ambas disciplinas para generar sus propias dinámicas, superando en esta articulación el uso instrumental que se suele hacer de la comunicación, para devolverle su esencia política.

Los aportes del campo político

En su composición general, el campo político se explica en tres dimensiones interactuantes: por una parte, es un *espacio social o microcosmos relativamente autónomo* en el interior del mundo social; por otra parte, es un *espacio estructurado de posiciones entre opuestos*; y finalmente es un *lugar de lucha entre agentes jerárquica y antagónicamente situados* en ese espacio disputándose recursos y poder.

La particularidad del campo como un microcosmos, está contenida en la noción de *autonomía*: un campo es un microcosmos relativamente autónomo al interior del macrocosmos social, lo sufi-

cientemente independiente y cerrado sobre sí mismo, con sus propias leyes con las que se desenvuelve y desarrolla procesos de evaluación, de exclusión o desposesión, donde dos polos diferentes se disputan espacios de poder. Y cuanto más se constituye el campo político, más se autonomiza, más se profesionaliza y se cierra en sí mismo.

Actuando con su propia lógica tiende a funcionar conforme a los intereses inherentes al propio campo, acrecentando la ruptura con los que no participan de este campo, a los que Bourdieu (2000) denomina “profanos” (p. 13). Y siendo un espacio especializado, se dota de un “derecho de entrada” o formas de acceso a dicho campo con criterios de aceptabilidad arbitrarios, pero que los agentes de cada campo lo incorporan en sus quehaceres y lo comparten inconscientemente. El campo político, en cuanto microcosmos, es un lugar específico en el que un cierto número de personas especializadas, o agentes políticos, cumpliendo las condiciones de acceso, participan de un juego particular del cual los otros son excluidos. Por esto se afirma que *el campo político es un campo de disputas en el que intervienen personas del mundo político*: líderes, partidos, parlamentarios y también periodistas, comentaristas políticos, sondeadores de opinión, etc.

El juego político al interior del microcosmos muestra que se definen intereses que son independientes de los intereses de los votantes, de la clientela, de la ciudadanía, lo que con frecuencia lleva a pensar que los agentes políticos obedecen a intereses ligados al microcosmos más que a los intereses de los ciudadanos (Bourdieu, 2000, pp. 2-3). Estos agentes son individuos, grupos o instituciones que poseen una determinada porción de capital que les permite ocupar una posición dentro del campo. Por lógica, cada una de esas posiciones es una posición de la que otro agente ha sido privado y puede estarla deseando, situación que genera una *dinámica de pugna constante en el interior del campo, una pugna de posiciones y oposiciones, un enfrentamiento tanto por las posiciones como por el poder* vinculado a ellas o cuando menos por la posibilidad de influir en ese poder (Torrico, 2022, p. 19).

En el mismo sentido, Bourdieu dice que *el juego político de las disputas al interior del campo político es la materialización de luchas simbólicas en las cuales los diferentes adversarios disponen de armas, de capitales desiguales, de poderes simbólicos desiguales, lo que los lleva a privilegiar en las disputas la búsqueda de un capital reputacional*, que está vinculado a la manera en que un actor político es percibido (2000, p. 16). Esta búsqueda se enmarca en un proceso en el que lo que está en disputa en el campo político son el monopolio de la elaboración y de la difusión del principio de división legítimo en el mundo social y el monopolio de utilización de los instrumentos de poder objetivados (Bourdieu, 1981, p. 8).

Bourdieu aclara que, en cada campo, según su naturaleza particular, predominará un determinado tipo de capital, que puede ser económico (recursos dinerarios y financieros), social (conjunto de relaciones disponibles y desplegadas), cultural (conjunto de conocimientos disponibles) o político (capacidad de control institucional y/o movilización de fuerzas). Siendo también posibles, en algunas circunstancias, los entrecruzamientos de estas formas de capital en beneficio de un agente que ve así incrementarse su poder. Estos capitales, en base a su reconocimiento se legitiman como un “capital simbólico”, del que se deriva el “poder simbólico”, mismo que se traduce en el poder de “hacer ver y hacer creer, de predecir y prescribir, de hacer conocer y hacer reconocer” (Bourdieu, 1981).

Bourdieu sostiene que la estructura de un campo se mueve, en teoría, entre dos extremos inalcanzables: el del monopolio del capital específico -que da sentido a la lucha en su seno- y el

de la competencia perfecta, que supondría la distribución equitativa de ese capital entre todos los agentes competidores. Por tanto, la tensión y el juego de legitimación de sus propuestas, son características de las relaciones que se establecen entre los polos diferenciados y distanciados que componen un determinado campo político.

La dinámica política característica de cada campo político genera la posibilidad de desarrollar tres tipos de estrategias: de conservación o reproducción que legitima las características de dominación-subordinación existentes; de sucesión, que extiende las asimetrías existentes; y de subversión (Ortiz, 1983: p. 138), que admite la modificación o transformación de las relaciones desiguales existentes. Bourdieu (2000) habla de una transformación del orden por agentes hasta entonces subordinados o emergentes, que optan por emprender movimientos reformistas o incluso revolucionarios.

En el juego político se considera fundamental saber cómo dominar los instrumentos con los que se disputan espacios de poder, evidenciando que con buenos sentimientos se hace mala política, por lo que es menester aprender el lenguaje, los trucos, las relaciones de fuerza, y como tratar con los adversarios. Esta cultura específica debe ser dominada en la práctica con imposición legítima de principios de visión y de división del mundo social, en una especie de ambigüedad inherente a la política, siendo lo esencial el modo de producción de la decisión que se toma para las disputas por el poder (Bourdieu, 2000, p. 17).

Otro factor fundamental es la manera como se estructura la delegación ciudadana en los políticos que participan en el campo político, habida cuenta que la acción colectiva está siempre frecuentada por la amenaza de la usurpación y de la corrupción. Por esto, los que participan en el microcosmos y su relativa autonomía, deben hacer existir al grupo como tal, movilizarlo y hacer así posible la concertación y la orquestación que son impedidas por la soledad de la mampara, o del mercado (Bourdieu, 2000, p. 27). En función de que las acciones de los agentes políticos sean percibidas como la expresión del grupo, éste debe dominar la anarquía de las estrategias individuales y producir acciones concertadas, de manera que el grupo pueda dominar (o controlar) la opinión expresada por el portavoz, aquel que habla en nombre del grupo, y en su favor, y que hace existir al grupo presentándolo y representándolo (Bourdieu, 2000, p. 27).

Hay siempre una génesis del campo político, una historia social de su nacimiento, que hace que cosas que se presentan como evidentes sean el producto de invenciones históricas extremadamente largas, y que pareciendo haber existido siempre, son frecuentemente de invención reciente. “Cada historia es un mundo que se juega en un campo de fuerzas y un campo de luchas por transformar las relaciones de fuerzas, dado que la política es una lucha por ideas-fuerza que movilizan” (Bourdieu, 2000, p. 10).

Las probabilidades de mantención o alteración del orden propio de un campo, finalmente, se relacionan con la fuerza que pueden tener los condicionamientos histórico-sociales sobre las prácticas de los agentes, a la vez que con los márgenes de improvisación para ir a contracorriente de la regularidad de las conductas que, en ambos casos, están contenidos en lo que Bourdieu define como los *habitus*, esto es, los sistemas de disposiciones o predisposiciones que son internalizados en cada campo y funcionan como principios organizadores de las acciones o “estructuras estructurantes”, pero que no llegan a ser determinantes y permiten cierta libertad para decidir (Chihu, 2020, y Chevallier & Chauviré, 2011).

Definiendo el campo comunicacional

Sobre la base de la comprensión del campo político, que como se ha podido apreciar es en sí mismo comunicacional por las construcciones discursivas que se producen en el juego de disputas entre polos opuestos, entremos a ver características específicas del campo comunicacional, reconociendo que si bien toda la noción de campo político contiene elementos que lo constituyen en un campo comunicacional, es importante establecer particularidades para luego tejer sus intersecciones.

En un sentido restringido, Bourdieu (2000) reconoce la existencia de un “campo periodístico” con sus competencias, sus luchas, sus jerarquías y sus conflictos por el monopolio de la información, que resultan determinantes en la definición y rumbos de la política. De este modo, reconoce que los periodistas son partícipes decisivos del campo político, en tanto son los “gatekeepers, los porteros, que controlan grandemente la entrada dentro del campo político” (p. 4), interactuando con los otros agentes políticos en la arena o campo político donde se desarrollan la acumulación de fuerza, de capital político y de reputación.

Trascendiendo el rol informativo del que se ocupa el periodismo, Erick Torrico (2022) aborda la función relacional de la comunicación, proponiendo bases para aproximar definiciones sobre el campo comunicacional. Para este cometido, por una parte esclarece la definición de la topología, afirmando que refleja la organización y dinámica que, en un momento dado, caracteriza al espacio objeto de observación, el cual, por su naturaleza social, siempre habrá de ser considerado una arena de confrontación, o sea, un territorio en tensión.

Por otra parte, hace una diferenciación entre el campo siguiendo el concepto inglés del *field*, que remite a la imagen de un territorio pluritemático, teórico y profesional de la comunicación en términos de publicidad, entretenimiento, periodismo, comunicación organizacional y marketing (2022, p. 22), y el *champ* francés, que citando a Chevalier & Chauviré (2003), entiende el campo como “un espacio estructurado de posiciones” en el que están presentes unas fuerzas que se enfrentan por la apropiación, distribución o redistribución de un capital simbólico en referencia a un determinado objeto propio y también a su correspondiente comprensión autorizada y autorizadora (Torrico, 2022, p. 16), aproximándose a la versión bourdieusiana de campo, que lo concibe como un espacio teórico en el que diferentes polos producen, gestionan y disputan el poder simbólico (Torrico, 2022, p. 22).

En su aplicación a la comunicación, reconoce que, si bien se valora el concepto de campo político en el sentido del *champ*, es posible advertir que no se aprovecha suficientemente su potencial como recurso metodológico de análisis, comprensión y explicación, ni se tematiza los capitales en juego y, menos aún, las relaciones de fuerza ni el problema del poder que implica este punto de mira (2022, p. 22). Con esta advertencia, antes que ensayar una definición, Torrico opta por establecer una tipología o “esquemas topológicos”, que contribuyan a conceptualizar el campo comunicacional (2022, pp. 22-23), que lo entiende en tensión e incubación, siguiendo un proceso de renovación cuyos alcances no están definidos aún, pero que contiene una innegable energía de subversión.

Esta es una síntesis de los esquemas topológicos propuestos por Torrico:

- *Campos de comunicación como field*: Publicidad, entretenimiento, periodismo, comunicación organizacional, marketing, otros.

- *Campos de comunicación como champ* (conocimiento y confrontación): Corriente administrativa y corriente crítica.
- *El campo crítico en comunicación y sus subcampos*: Estudios culturales, Economía Política de las Tecnologías, la Información, la Comunicación y la Cultura (EPTIC), y la Escuela Latinoamericana de Comunicación (ELACOM).
- *Los campos comunicacionales desde la decolonialidad*: Corriente administrativa, corriente crítica, corriente crítica–utópica, comunicación decolonial, comunicación para el vivir bien.
- *Los campos comunicacionales críticos en América Latina*: Estudios culturales, Economía Política de las Tecnologías, la Información, la Comunicación y la Cultura, Escuela Latinoamericana de Comunicación, comunicologías del sur, comunicación decolonial y comunicación para el vivir bien.

Esta tipología, así como la definición del campo político, son bases referenciales sólidas para ensayar una definición inicial, y provisional, sobre el campo comunicacional. Aclaremos primero que si la comunicación es relación de las diversidades y la política es encuentro en contraste dinámico entre opuestos, los sentidos de estas interacciones, tanto comunicacionales como políticas, son muchas veces de confrontación, algunas veces son también dialogales y de negociación y, por lo general, son relaciones de alteridad.

En este proceso, la comunicación política es encrucijada de construcción simbólica de proyectos de sociedad para generar transformaciones con el protagonismo ciudadano y de sus movimientos sociales participando en el campo político con criticidad, sentidos de sociedad igualitaria y formas de poder de esencia democrática, en un campo político–comunicacional y otro campo comunicacional-político.

Entendemos el campo comunicacional como el “espacio real o virtual, entrelazado por múltiples dispositivos, medios o redes, que ponen en interacción sentipensamientos, prácticas culturales cotidianas y prácticas políticas organizadas, expresadas como representaciones del mundo diferenciadas según pertenencias sociales, culturales, geográficas, generando batallas simbólicas discursivas entre la diversidad de hablas que buscan visibilizar sus propios sentidos de vida y de horizontes de vida, en relaciones dinámicas, siempre en movimiento, de oposición o de cercanía o de empatía, con múltiples alteridades” (Contreras, 2022a, p. 21).

Con esta definición, inicial y provisional, que tiene como eje la naturaleza relacional de la comunicación tanto en la interacción discursiva como en la práctica social donde se define la construcción de sentidos, reconocemos que, del mismo modo que el campo político, el campo comunicacional es un campo de fuerzas y un campo de luchas simbólicas para transformar esas relaciones de fuerza. En este sentido, el campo comunicacional reconoce el campo como un espacio de confrontación, tensión y resolución de esos conflictos.

El camino comunicacional, como ya lo dijimos, puede ser confrontativo en la expresión discursiva de proyectos de sociedad diferenciados, así como puede ser dialogal en la concertación de estos proyectos, ciertamente con el predominio del buen convivir como factor de armonización de los proyectos distintos en destinos comunes para superar las relaciones de dominación-subordinación con las que se legitiman las desigualdades existentes.

El campo político–comunicacional

Más allá de sobreentender el campo político como comunicacional y el comunicacional como político, es posible pensar en un campo que los articule en sus concepciones, dispositivos y procedimientos. Las formas de hacer política han cambiado notablemente en relación al planteamiento institucionalista de Bourdieu sobre el campo político en microcosmos encerrados en sí mismos, debido al desborde de sus límites tanto por las movilizaciones de las ciudadanía diversas que permanecían al margen del microcosmos, así como por la ampliación de temas en el mundo político, también por la hibridez entre el espacio público y el privado y, especialmente, por las formas de comunicación contemporáneas que se desmaterializan, desterritorializan y traspasan fronteras.

Por su parte, el campo comunicacional que está en proceso de elaboración, no puede ser ajeno a la disrupción de las tecnologías y de las ciudadanía que desbordan las fronteras tradicionales de la política, además de los prosumidores y de la inteligencia artificial que empujan a reelaboraciones de las formas de producción y consumo comunicacionales, cada vez más relacionales.

Las transformaciones en proceso, que están sufriendo los campos político y comunicacional en un tiempo de exacerbación de las polarizaciones, tienen relación con los cambios tecnológicos, la insurgencia de nuevos actores sociales y políticos que ingresan en la política con sus temas, dinámicas organizativas y desde sus espacios cotidianos, ampliando la noción del campo político-comunicacional en diversos sentidos:

1. Epistemológico. Con la incorporación de las demandas que se tejen en y desde la vida cotidiana, así como desde las exigibilidades de los derechos ciudadanos y de la naturaleza, que se suman como razón de ser de la política junto con las luchas por el poder y la hegemonía en su plano más estructural e ideológico. También hay una redefinición del poder, que ya no se encasilla solo en el Estado confundido con gobierno, porque la atomicidad del poder está en todas partes y en ninguna (Touraine, 1995). Está en la propia vida cotidiana, en los procesos de descentralización y, por supuesto, en las demandas y movilizaciones ciudadanas por sus derechos.

2. Trashumante. Junto con la ampliación de temas en el campo político-comunicacional, en ese microcosmos entran otros/nuevos/diversos actores con el mismo protagonismo que los tradicionales partidos, sus líderes y voceros. Hablamos de los activistas de derechos, las juventudes, las mujeres, los pueblos afrodescendientes, los pueblos indígenas, los ambientalistas, los migrantes, las organizaciones gremiales de los trabajadores y otros, muchos otros movimientos, que traspasan las fronteras de la reivindicación sectorial desenvuelta en los márgenes, para incorporarse en el corazón de la política, invadiéndolo.

3. Ontológico. Porque la incorporación de nuevos temas y actores no supone necesariamente dispersión de proyectos de sociedad, así como tampoco su incorporación en las clásicas opciones con sus matices separadas entre capitalistas y socialistas. Sin perder los rasgos que caracterizan estos modos de producción, y rozándose con algunos de ellos, emergen nuevas alternativas que condensan un sentido de desarrollo de la comunicación política: lo local, cercano, sectorial, no se aíslan de lo estructural. Hacen una unidad compleja y fluida, en permanente movimiento. Con este dinamismo, se ponen en escena proyectos de sociedad como el vivir bien/buen vivir, que le dotan a la justicia y a la equidad paradigmas como los de la interculturalidad, la plurinacionalidad, la armonía social y con la naturaleza y la buena convivencia comunitaria.

4. Metodológico. Que lleva a reconocer que en el juego político que ocurre al interior del campo, las disputas por los espacios de poder, ya no se definen sólo como confrontaciones entre dos polos distintos, sino entre múltiples puntos que podrían estar o no conexos con los polos opuestos. En articulación, o en paralelo con estas confrontaciones, se desarrollan también procesos de negociación política o de la búsqueda de encuentros y acuerdos de pactos por el poder. En cualquier circunstancia, las disputas por el poder siempre suponen batallas, pero no son ya sólo las confrontaciones la única alternativa, las reconciliaciones y encuentros hacen parte de las construcciones de poder.

5. Direccional. Porque la política ya no se define solamente en las acciones del Estado ni en la dirección vertical de éste por sobre la sociedad convertida en receptora de las decisiones políticas. Reconociendo la articulación Estado–Sociedad como el espacio de construcción de la política, la dirección de su realización va también desde las ciudadanías organizadas hasta los estamentos públicos, incidiendo en sus decisiones. Así, “la política es el conjunto de interrelaciones que establecen los individuos para definir e influir en las características de la organización política desde las que se dictan las leyes que rigen sus vidas” (Uriarte, 2008, p. 19). La política es poder, pero también participación para ejercer ese poder.

6. Estratégica. En ese contexto y estructuración de la política, la comunicación cobra también un nuevo sentido: ya no se reduce a la tarea periodística de representación discursiva de cada campo acompañando las confrontaciones. Ahora hacen visibles y promueven acciones comunicativas como los encuentros, los diálogos, la escucha al otro, las alteridades, las mediaciones, las transmediaciones, las acciones educomunicativas que, de todas maneras, en cualquier circunstancia política, son batallas simbólicas por los poderes cotidianos, por las reivindicaciones y por los proyectos estructurales de sociedad. Entonces, la comunicación política, tradicionalmente conocida por su sentido técnico, difusionista, renovadoramente por su sentido alter(n)ativo, crítico, opera dialogal y relacionamente, conformando un conjunto de posibilidades explicables en la unidad proyectiva que les dan las estrategias de comunicación política.

En su conjunto, estas características se enlazan entre ellas, con un nuevo sentido de la comunicación política que podría explicarse en esta afirmación que nos prestamos de Calderón (2019):

“La política consociativa se basa en la comprensión de relaciones y comunicaciones entre los actores, reconocimiento de la existencia de intereses distintos e intercambio permanente de opiniones; supone asimismo el desarrollo del espacio público como eje de la renovación democrática” (p. 367).

Asumimos el consociativismo en su forma de reconciliación de la fragmentación social, intercultural e interactuante, más allá de sus connotaciones de reparto del poder político entre élites en sociedades divididas, de la misma manera que superando confusiones con el corporativismo. Hablamos de un proceso construido a través de un sistema de alteridades y reciprocidad, como encuentro entre distintos, donde el orden político es esencialmente público y comunicativo, fundado en una cultura política deliberativa.

Esta comprensión de la política no niega el conflicto, sino que destaca la existencia de espacios donde se conocen, dialogan y debaten los proyectos que tienen alcance cotidiano en el día a día de las ciudadanías, y también tienen carácter sectorial por derechos, pero siempre articulados a su carácter estructural en las luchas de sus organizaciones y movimientos sociales por el poder y la hegemonía. Y al reconocerse el espacio público como espacio de la política, la noción del campo

político como un microcosmos con participación de actores legitimados como políticos, se abre a la inclusión de las ciudadanías diversas, sus organizaciones, sus temas y sus demandas, como partes protagónicas de ese campo político y de ese campo comunicacional.

Si tradicionalmente los polos se disputan espacios de poder por proyectos de sociedad, ahora estos proyectos adhieren al sentido estructural de las políticas en juego de poderes y hegemonía, otros espacios como las reivindicaciones y causas ciudadanas de actores como los pueblos indígenas, las mujeres y las juventudes, con cuyas luchas por su inclusión legitimaron el valor de la diferencia, y con cuyas utopías enriquecieron el sentido de la política y de la comunicación, ganando en pluralismo, que se reflejan en propuestas y definiciones de políticas públicas más equitativas, interculturales e inclusivas.

Del mismo modo, las demandas ciudadanas en la constitución de su vida cotidiana incursionan en el campo político, enriqueciéndolo desde lo que se ha venido en llamar el espacio de la micropolítica. Estas incorporaciones definen que la política en la clarificación de sus horizontes, convierte el futuro en las luchas del presente y en la sistematización actuante de la memoria histórica. Así, el tiempo político se convierte en un laberinto que se complejiza más aún en el contexto de un mundo globalizado, hiperconectado, supra-acelerado, multipolar y multidimensional, en el que todo se hace obsoleto raudamente.

En el contexto de polarización que caracteriza al mundo contemporáneo, los actores tradicionales de la política: partidos, assembleístas, líderes políticos, analistas, encuestadores y periodistas están jugando a sistemas políticos confrontados, polarizados, de opciones finales, maximalistas, totalitaristas, irreconciliables, del todo o nada, donde el otro no es visto sólo como distinto, o como contrincante, sino como el enemigo al que hay que combatir, derrotar, anular y, si fuera necesario, destruir. Desaparece el sentido de la comunidad, del encuentro, del acuerdo y de la cohesión social y comunitaria.

Esta opción confrontativa, exacerbada en tiempos de polarización para seguir exacerbando políticamente, implica procesos de legitimación de formas de la política basadas en la desacreditación, la manipulación, la desestabilización, el clientelismo, el sometimiento, la colonización, y también la violencia política que se alimenta de las demandas sociales de poblaciones encolerizadas, de la descomposición del sistema político, de las debilidades de los partidos, de los estrategas polarizadores, de las prácticas rutinizadas del conflicto, de Estados en situación de crisis con respuestas poco satisfactorias para la población, de demandas sobredimensionadas buscando descomponer los sistemas existentes, de manejos publicitarios y sensacionalistas de la comunicación en un juego de campaña permanente, o de los juegos de intereses supranacionales que se desarrollan en el sistema internacional con digitaciones de las políticas locales en los planos comercial, de seguridad, de las relaciones sociales y de la cultura.

En la búsqueda de salidas a estas condiciones en las que las diferencias se resuelven por la vía de la confrontación, es donde se redefine la política diseñando su juego, además de las distancias con conflicto, en la búsqueda de alternativas de relación, reconociendo la posibilidad y la existencia articulada y relacional de encuentros, interacciones, confluencias y encrucijadas que permiten que las tensiones se asuman ya no sólo con confrontaciones, sino también con encuentros dialogales, de negociación y concertación. Este es el elemento complementario del juego político e ideológico dentro del campo político-comunicacional, donde los polos se disputan el dominio de sus proyectos con intercambios y/o con conflictos.

Construir pactos supone valorar los intercambios de propuestas, la ampliación de los espacios de participación, el reconocimiento de las otredades, el rechazo a toda forma de autoritarismo y de violencia, así como la definición de metas básicas comunes, siguiendo un camino de superación de la lógica de la fragmentación, de los particularismos, de la confrontación y de la imposición, para legitimar como acciones políticas también el acuerdo y el consenso, recuperando una comprensión de la política como un sistema de expectativas y de reconocimientos recíprocos donde los procedimientos aparecen como formas comunicativas que establecen normas de reciprocidad. En este sentido, Calderón (2019) dice que “el pacto implica interacción y reconocimiento del otro, pero un reconocimiento que conlleva reconocer la libertad del otro. La política, en este sentido, podrá ser entendida como el arte de lo mejor posible, es decir, tendría que hacerse cargo de la elaboración de esa pluralidad” (p. 347).

En tiempos de exacerbación de la polarización, el pacto complementando la identidad de la comunicación política, se hace imprescindible como visión ontológica para su superación despolarizando relaciones extremas, al mismo tiempo que epistemológicamente reconoce la energía del encuentro y la relación con adopción de la diversidad y sus alteridades. Axiológicamente, desde una perspectiva crítica, se compromete con la construcción de sociedades inclusivas y con equidad; y metodológicamente, con estrategias de disputa con acceso, participación, diálogo y convivencia.

Es otra visión de la comunicación política, otra, que tiene una parte disconforme con el poder, subvertora con las inequidades y conspirativa con la legitimación de las injusticias, lo que le concede una naturaleza deliberativa que se basa en el encuentro, los intercambios, el diálogo argumentado y la búsqueda de pactos éticos, organizacionales y legales, en complejos procesos de incertidumbre que tienen, inevitablemente, rondando en el ambiente, el fantasma de la división, la ruptura y la confrontación con o sin violencia. Por eso la comunicación política es una invención cotidiana que se va construyendo y redefiniendo constantemente en función de horizontes transformadores.

A modo de conclusión: (Re)pensar el campo político-comunicacional

En resumen, el campo político-comunicacional es un espacio de reconstrucción de los proyectos, de los sujetos y de las disputas por el poder, combinando el clivaje dominación/resistencia con el de (des)encuentro/consensos. Se estructura bajo la forma de un sistema político compuesto por un conjunto de elementos relacionados, como la interacción Estado–Sociedad, en acciones transformadoras. Es un espacio de intercomunicación dinámico, fluido y complejo con alteridades, con la política como un sistema de expectativas y de reconocimientos recíprocos, donde los procedimientos no son meramente formales, sino formas comunicativas que establecen normas de reciprocidad, esto porque la política, así como la comunicación, no están determinadas como creía la corriente técnica de la comunicación política por realidades y mensajes predeterminados, sino que, siguiendo la lectura crítica de la realidad y de los proyectos, se guían por lo imposible, por la equidad y por la utopía que le da sentido a los horizontes y a la acción política posible y progresiva, socialmente incluyente, donde la deliberación es la vía de la política comunicativa, con diálogo y mutuo reconocimiento.

Me quedo con estas palabras de Calderón (2019):

“La deliberación implica buscar comprender la identidad y la libertad del otro para entender las propias, aceptando siempre la incertidumbre. Y esto porque la relación política no es una mera relación costo-beneficio; incluye pasiones, historias, creencias e intereses distintos” (p. 368).

El campo político-comunicacional es el espacio de encuentro entre disposiciones subjetivas construidas a partir de la historia de vida de los sujetos, es el encuentro con disputas de las ideologías, es la opción por alguna de las ofertas político-ideológica objetivas que se les ofrece en un contexto dado, es la apropiación discursiva de sentidos y proyectos de sociedad, y es, en definitiva, la construcción de proyectos de sociedad con pugnas por el poder para legitimar esos proyectos como válidos, dado que, según Norberto Bobbio, el poder es exclusivo (solo quienes detentan el poder pueden tenerlo), universal (capacidad de quienes detentan el poder para tomar medidas que favorezcan a toda la colectividad) e inclusivo (posibilidad de intervenir de quienes detentan el poder en todas las esferas usando recursos jurídicos).

Referencias

- Bourdieu, P. (1981). *La représentation politique – éléments pour une théorie du champ politique*. París: Actes de Recherche en Sciences Sociales N° 36/37, p. 3-24.
- Bourdieu, P. (2000). *Sobre el campo político*. Lyon: Presses universitaires de Lyon.
- Calderón, F. (2019). *Democracia, política y desarrollo*. En Mayorga, Fernando (antologador) Antología de ciencia política boliviana. La Paz: Biblioteca del Bicentenario de Bolivia, Vicepresidencia del Estado Plurinacional de Bolivia, pp. 345–371.
- Chevallier, S. & Chauviré C. (2011). *Diccionario Bourdieu*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Chihu, A. (2020). “La teoría de los campos en Pierre Bourdieu”. En Polis México. Iztapalapa: Universidad Autónoma Metropolitana. Vol. 16. N° 2. pp. 179-198.
- Contreras, A. (2022a). “Comunicologías del sur”. Quito: CIESPAL. *Chasqui, Revista Latinoamericana de Comunicación* N° 151, diciembre 2022 - marzo 2023 (Sección Tribuna, pp. 17-50).
- Contreras, A. (2022b). “De las redes a las (trans)mediaciones”. La Paz: Saberes y Diálogos. *Revista Boliviana de Estudios en Comunicación* N° 2, IPICOM, Universidad Mayor de San Andrés – UMSA, pp. 104–126.
- Garretón, M.A. (coordinador). 2002. *América Latina: un espacio cultural en el mundo globalizado. Debates y perspectivas*. Bogotá: Convenio Andrés Bello.
- Ortiz, R. (Org.) (1983). *Pierre Bourdieu*. São Paulo: Ática.
- Torrico, E. (2022). “El lugar de la decolonialidad en el campo comunicacional Latinoamericano”. Cochabamba: *Revista Punto Cero*, año 27 N° 44, junio 2022, pp 13-25, Universidad Católica Boliviana “San Pablo” Sede Cochabamba.
- Touraine, A. (1995). “¿Qué es una sociedad multicultural?”. Claves de Razón Práctica 56. File:///C:/Users/HP/Downloads/Dialnet-AlainTouraineQueEsUnaSociedadMulticulturalClaves-De-5279750.pdf.
- Uriarte, E.. (2008). *Introducción a la ciencia política. La política en las sociedades democráticas*. Madrid: Tecnos.
- Verón, E. (1998). “Mediatización de lo político”, en Gauthier, Gilles, Gosellín, André y Mouchon, Jean, *Comunicación y política*. Barcelona: Gedisa, pp. 220-236.

* ADALID CONTRERAS BASPINEIRO. Sociólogo y comunicólogo boliviano. Académico de la Universidad Andina Simón Bolívar (UASB) y del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO). Director de la Fundación Latinoamericana Comunicare.